

LAS MEMORIAS DE MARIO SANCHO

Marlo Sancho. Memorias. 2a. Ed. 246 Págs. Colección Nuestros Clásicos. Editorial Costa Rica, San José, 1976.

de LILIA
RAMOS

Espontaneidad y creación, Imperativos revelados por el psicoanálisis, originaron una avalancha de memorias, el vado más simple de marcar huellas de la existencia. El narcisismo también opera. Todos queremos perdurar: en folios, mármol, tela, monumento, fundación... O por erostratismo, el recurso de los sociópatas. Nadie se aviene a carecer de "importancia colectiva" —Céline.

Muchos literatos pretenden ser completamente veraces, animados por el aserto de las ciencias humanas: todo hombre es ángel y demonio. Algunos formulan confesiones denigrantes, ardid para velar actos que estiman peores. En realidad, ningún sujeto puede conocer idealmente su tierra incógnita ni las ajenas. A tiempos se da un privilegiado que logra cosecha ubérrima: la demirgura Anais Nin es de los raros. El escrudriñador y travieso Ramón de las Greguerías, despierta o aviva inquietudes y caprichos. En su Automoribundia —Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 48—, halló: "Haber llegado a la autobiografía no es nada bueno porque supone que estamos de alguna manera, al final...

Ahora veo que, hablando sido todo lento, resulta compacto y vivido aprisa, pero el caso es probar que he vivido y cómo he vivido, pues el que prueba mejor que vivió, quedará más entre los vivos".

En varios intervalos de sus postlimerías —una década—, Marlo Sancho consiguió sus Memorias. Una vida plena, un lapso grande con María Larramendi, su dama y compañera notable. Su jornada tan breve como la del muy egregio Carlos Gagini, aunque libre de los tropezos innumerables de su primero. Aquel pudo haber escrito más libros y es lamentable que no lo hiciera. Su autobiografía, vapuladora en tono mayor: estuvo impulsado por una urgencia de sinceridad y en este afán, recuerda obras hermanas muy valiosas: las de Pio Baroja y de Simone de Beauvoir. Pero Notre Dame de Sartre hace que todo vaya a parar a su Jean Paul y Sancho deviene punto de convergencia, no para hablar de su yo-aje del orbe, sino como centro generador de sentires, ideas, reproches, delaciones... El no estudia su individualidad a la manera de Cristina de Suecia: el tico examina su pericostmos, descubre su morbosidad e intenta sanearlo. En lo que Marlo

Sancho evoca a la Reina, es en su atrevimiento: nunca teme comprometerse y siempre se mantiene erguido en espera de la represalia y llsto para el contraataque. Francoise d'Eaubonne lo habría llamado "un testigo de su tiempo".

Atalaya infatigable y admirablemente equipado, veloz y claro en la divulgación de un hecho útil o bello o de una denuncia grave. Dos archivos extraordinarios —su retentiva y el común—, le permiten una rapidez insólita en el actuar oportuno. Y su coraje lo lleva a destruir mitos, esos fantasmas que los pueblos fabrican —Koesler analiza muy bien el fenómeno—.

En su rabia iconoclasta, Sancho sólo deja restos informes para una refacción incierta. Lo trágico es que sus páginas guardan vigencia; en líneas generales, esto se demostraría fácilmente. Sería justo que los patriotas hicéramos la nómina completa de los traidores, viejos y nuevos. Que después de tenerlos en berlina, los arrojáramos a la vindicta pública.

Marlo Sancho, un tribuno, un demóstenes en su anhelo de agitar la apatía de sus conciudadanos. Un cicerón para levantarse y fustigar no sólo con el brío del abogado, sino con la fe de un testigo y de un juez. Así como el excelso Juan Montalvo en sus luchas contra García Moreno Veintemilla.

La historia de los combates de Marlo Sancho, forma la armazón de sus Memorias. Su maestría lga encuentros, episodios, anécdotas, eventualidades, aventuras y recaba un libro apasionante. Y muy conmovedor en relación con su familia y sus vida hogareña. Poético al referirse a la Madre Patria... Mordaz y temible cuando se lanza a defender la República Española y la democracia en todas partes. Marlo Sancho libra de la oscuridad o de la penumbra a primates, acontecimientos significativos, datos aprovechables y curiosos. Rescata del olvido o del extravío escritos suyos, todos muy apreciables. Y es un epistológrafo insigne. Además, prueba un talento excepcional para sintetizar efemérides. Y brindar enseñanzas educativas. Su autobiografía, pues, involucra un tempo espléndido. Sin embargo...

Antes de mis objeciones, mi disconformidad con Abelardo Bonilla al asegurar:

"Marlo Sancho es el "más auténtico ensayista nacional"... y alaba su estilo, "sin duda el mejor de la prosa costarricense". Desacuerdo y observaciones mías, se limitarán a las Memorias. Al entregármelas, la viuda me dijo que su esposo no las había corregido. Esto se advierte asimismo en la página última.

Obra muy Irregular en cuanto a la forma: algunos capítulos y misivas son modelos del buen decir. Otros muestran deficiencias graves en la redacción. De súbito, el lector llega a un período enorme en que hay faltas de concordancia y de puntuación. Neruda peca suavemente en su fantástico libro Confieso, que he vivido —Ortega y Gasset amonestaría: "Una lengua viva es aquella en la que se pueden cometer errores"—. O encuentra un sujeto mal ubicado; esto demanda el uso de palabras innecesarias al haberlo puesto en su lugar.

Confer páginas diecinueve —Seis últimas líneas— y veintiocho —Cuatro últimas líneas— En la ciento sesentadós, renglón octavo: "...el

Sagrario y las arañas, todas de madera, de la ermita de Quircot el atril que usaba para decir misa el Padre Eustaquilo Jiménez de pura plata". (?). Item: es obvio el destino arbitrario de varias preocupaciones: "...emparentado en..." "Influido de propósitos..." "Ejercer un ascendiente entre sus coterráneos..." Además, añade voces a locuciones adverbiales: "No obstante de..." "Sin embargo de que..." "Necesitaria de explicarles". En ciertas oportunidades, no comete esos errores. Sorprende esta frase: "Una charla que escribí".

El desaliño es evidente en algunos párrafos: en una misma línea o con una separación mínima, aparecen: tienen y tenía, retrato y retratarse, enterró y enterrarse, malo y males, hizo y haría. Etc. Voltarlo en el manejo del pronombre: usa el yo y a tenazón, el plural de majestad. —En ciertas coyunturas se impone— Y en su carta abierta a los estudiantes de derecho de Costa Rica, dice: "Se desuena con el obsoleto vosotros. En lo que atañe al léxico, desapruebo: 1. El empleo de vocablo y expresiones familiares cacofónicas o de sentido vago: trapatista, entretención, zangoloteo, bequista, llevado de dextro, para peor de males. 2. Extranjerismos: rezandera —De Colombia. Repórter —De Estados Unidos. Orfelinato —De Francia. 3— La creación de términos: chicagano, beautillo, profesoril, lactáneo, eruditismos... Todos poseen equivalentes sonoros y eufónicos en nuestra hermosa lengua. Disculpo la invención de palabras, siempre que: 1— Sean indispensables por carencia de ellas en español. Y devienen de una primitiva o de raíces griegas o latinas integrantes de voces notorias. 2— Sean gráficas, bellas o pintorescas y de acepción manifiesta. Hay una excelente de Marlo: digresivo.

¿A qué atribuir el estilo negligente de este libro magnífico? María Larramendi asevera, apud A manera de prólogo: en una revisión, el autor habría "cambiado algunos conceptos, de acuerdo con los acontecimientos del tiempo en el país y en el mundo". Infiere que él estaba satisfecho con su forma y que, en la opinión de ella, la obra se ajustaba a un gramaticalismo equilibrado. Su erudición lingüística la habilitaba para ir mejorando el discurso de su marido, mientras iba anotándolo. ¿Por qué no lo hizo? ¿Hubo incuria en la dactilografía? ¿Es el impresor? ¿En el corrector de pruebas? Edición de 1976.

Labra mucho en un liberal de la categoría del escritor, el abrigo de prejuicios. Y en el polemista de su talla, su esgrimir argumentos ad hominem. Cita a la hebrea Sara Bernhardt y emite una frase despectiva: ¡Y es antifascista! En una epístola halló: "... ese inmundo papel dirigido por dos negros canallas". Al arremeter contra Federico Tinoco, menciona su peluca y cejas postizas. Hebbel dice: "Ven las pinceladas en lugar del cuadro". Sin caer en la hiperbollización de los masoretas —Irritaban a Unamuno—, reparo en el tenor y en el estilo del libro póstumo de Marlo Sancho. Elogio y empuño sin llegar a la demasia, de Julio E. Miranda al criticar Oficio de Difuntos, la última novela de Arturo Usiar Pietri —Selx Barral, 1976.

¡Ojalá que mi plácito sea una invitación amistosa a un fruir de las Memorias de un costarricense "testigo de su tiempo".